

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Federico Ferroggiaro

## “Irreverente fiesta del lenguaje”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 73, julio-septiembre de 2025, pp. 68-70.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# ENTRE LIBROS

## Irreverente fiesta del lenguaje

Federico Ferroggiaro



David Betancourt, *Los hijuetantas*, México, uv, 2025, 196 pp.

“‘Hijuetantas’, sí, que es el mismo ‘hijueputa’ pero educado, con cultura, solapado, tibio como el hijueputa de Fajardo y los hijueputas que lo siguen. Palabra que se inventaron los decentes para no quedarse con las ganas de hijueputiar, porque antioqueño que no hijueputee no es antioqueño”, nos ilustra con autoridad el narrador de la obra ganadora del Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2024, escrita por el colombiano David Alejandro Betancourt Vélez, a pocos párrafos del comienzo de *Los hijuetantas*.

Recuerdo que, hace 20 años ya, en el solemne acto de apertura del IV Congreso de la Lengua

Española realizado en mi ciudad, Rosario, Argentina, el escritor y humorista gráfico Roberto Fontanarrosa sorprendía a los acartonados popes de la Academia (de la RAE) con un discurso en defensa de las llamadas “malas palabras”. Desde el escenario del teatro El Círculo, con su ropa de calle contrastando con los brillosos trajes de los académicos, Fontanarrosa argüía:

La pregunta es por qué son malas las malas palabras, ¿quién las define? ¿Son malas porque les pegan a las otras palabras?, ¿son de mala calidad porque se deterioran y se dejan de usar? [...] No sé quién las define como malas palabras. [...] Pienso que las malas palabras brindan otros matices [...] Hay palabras de las denominadas malas palabras, que son irremplazables: por sonoridad, por fuerza y por textura física.

Las poco respetadas “malas palabras”, de alguna manera, empezaban a ganar así un cierto reconocimiento oficial hasta alcanzar ahora, también, el título de esta novela. Pero, por supuesto, la elección del autor por una “mala palabra” más “decente” que “los hijueputas” nos lleva a sospechar que la osadía tiene un límite en el decoro, que Betancourt no está dispuesto a transgredir. Sin embargo, alcanzará con leer las primeras páginas para convencernos de lo contrario: de que estamos inmersos en una novela irreverente, desfachatada, polémica, grotesca, en la cual van a chocarse y combatir diversas variantes de ¿nuestras? lenguas, y hasta la escritura –el acto de escribir una novela– va a ofrecerse a los ojos del lector como un mecanismo al desnudo, objeto de censuras, co-



mentarios y correcciones por parte de otras voces comedidas que se cuelan en el texto.

El narrador y Juana, su mujer (novia, pareja, compañera, o como gusten denominarla), reciben en el aeropuerto Benito Juárez a los padres del primero que, desde Medellín, llegan a visitarlos. Pero no han venido solos: los acompañan, arrastrando toneladas de equipaje, las tías, los tíos,



Héctor Vicario: De la serie *Mayordomía en Xico, Ver.*

los primos, el hermano y su esposa y hasta el astuto cura de la iglesia del barrio. Un ejército de hijue-tantas que desembarcan en la Ciudad de México y siguen el viaje hasta Puebla; primero, con el fin de quedarse apenas un par de semanas, pero luego decididos a conquistar esa tierra prometida, a *colombianizar* México.

Esbozado así, el argumento puede sonar más apto para un culebrón o una comedia de enredos que para una novela propiamente dicha. Pero es a partir de este incipit que Betancourt se lanza a escribir, mientras construye una trama y un estilo pro-

pios, que, junto al desfile de personajes variopintos que condensan en sus trazos la *summa* de las miserias y mezquindades humanas, le dan forma a una fiesta del lenguaje, a una ácida crítica social y cultural, a un mundo representado que desborda humor y vitalismo. Así, sobre el cristal de un desmesurado microscopio se ven agigantadas y deformadas, con sus vicios y defectos, la cultura poblana y su gente —“Un poblano es un mexicano rezandero, doble moral, complicado, tradicionalista, chapado a la antigua, un cerrado, un solapado, un hipócrita, educado para no mirar a los ojos, no contradecir,

no debatir, un tartufo, una mosquitamuerta. [...] Los mexicanos no poblanos los detestan, y los poblanos, en solidaridad con esos mexicanos, se detestan entre ellos...”– en contraste con la antioqueña, representada por esta familia disfuncional. Las costumbres, los hábitos, los modos de decir, el habla convertida en un campo de batalla, pasan bajo esa lente que nos muestra un mundo desopilante y ridículo, pero también cruel. Porque, aunque el tono humorístico predomina, quedan expuestos los males que recorren nuestro continente: la violencia, la corrupción, el narcotráfico, la pobreza, el hambre, la especulación inmobiliaria, solo por mencionar algunos.

De esta manera, la crítica irónica (y también autoirónica) se impregna en todo lo que se narra, desde las relaciones de pareja y las familiares, hasta las de hombres y mujeres con la sociedad. Betancourt no perdona a nadie. Ni siquiera a sí mismo, o al “yo” que es también parte de su creación y escenifica, parodiándolo, el emplumado ego del escritor que pretende lograr el reconocimiento, ingresar en la *pole position* del canon literario. “Yo, cuentista nato, el mejor cuentista de Latinoamérica, acostumbrado a lidiar con uno, dos, máximo tres personajes, tantos, casi veinte hijueputas que tengo ahora, se me embolatan, se me olvidan, se me esconden, los dejo tirados por ahí, abandonados”. Lo enuncia, lo declama, expone su imagen caricaturesca, al fin y al cabo, en estos tiempos en que la figura desacralizada y antiheroica del autor nos lo muestra en su verdadera condición de trabajador sometido al yugo de las leyes del mercado.

En su polifonía constitutiva entran también las voces de los múltiples actores del teatro del mercado literario, o bien de esa

maquinaria que comienza a funcionar cuando un texto pretende cruzar el Rubicón y convertirse en libro. Sí, Italo Calvino ya había representado esta galería de agentes en *Se una notte d’inverno un viaggiatore*, en 1979, con la flemma humorística de los italianos del norte, de la Liguria para ser más precisos, pero *Los hijuetantas* los introduce en el corazón de la narración: editor, lector crítico, autor, otros escritores entrometiéndose con sus insidiosas intervenciones en esa suerte de puesta en abismo o puesta en escena de la escritura que provocan un efecto tan delirante como irritante. Son justamente esas voces las que, desde el exterior, pinchan al narrador para que continúe, aclare, retroceda, explique, ahonde, retome el relato tal que se perdió en la enésima “digresión sobre digresiones y más”, que frene su “verborrea dolosa” y, con severidad y justicia, lo acusan: “además el autor abusa del lenguaje extravagante e intraducible, de jueguitos y malabarismos maricas, de la experimentación”.

Fecundo en recursos, Betancourt, a través de su exaltado narrador, echa mano de las enumeraciones, ya sea para delimitar el campo semántico compartido por una palabra “antioqueña” con sus símiles castellanas o “poblanas”, como para pasar lista a los tipos de pasajeros que llegan de Colombia a México –“prestamistas, estafadores, futuras novias de narcos, lavaperros, prepagos, traquetos, paracos, guerrillos, ladrones, pillos, monjitas mulas, apartamenteros, reguetoneros, actores mediocres, gentuza, piltrafas, sabbandijas...”– o bien para revisar, entre otros tantos usos, el imaginario popular, ya sea de México o de Colombia:

En Medellín, capital del arribismo, del paramilita-

rismo, del derechismo, del uribismo, del rezanderismo, si sos peludo sos guerrillero, si sos de universidad pública sos guerrillero, si no vas a misa sos guerrillero, si tenés pipí y aretes sos guerrillero y marica, si pensás distinto a Uribe el expresidente paramilitar inventor del uribismo, guerrillero, castrochavista, mamerto, terrorista...

A pesar de la repetición de este recurso, sorprende y deleita no solo la destreza léxica que despliega, sino también por lo inesperadas que resultan las asociaciones que se suceden en las frases.

El género novela posibilita la transgresión de las reglas que, supuestamente, la rigen. Permeable, múltiple, polimorfa, capaz de contener y hacer funcionar en su interior todas las secuencias del lenguaje, a las piezas arrancadas de otros géneros; las citas, las cartas, los diálogos... en fin: todos los materiales sirven a la hora de construir un mundo literario. En las antípodas de las novelas de fórmula, o de aquellas que cuentan “una historia redondita, ordenada y de preferencia lineal, donde estén latentes el misterio, el suspenso y la tensión”, casi siempre obedeciendo los tópicos que impone el mercado, Betancourt, con *Los hijuetantas*, nos propone un “deschavete que no va para ningún Pereira (o sea para ninguna parte), que no fluye, no avanza, se estanca, va y vuelve y no vuelve y trastabilla y se pierde y se vara...”, una obra única, digámoslo: nos ofrece Literatura. **LPyH**

**Federico Ferroggiaro** es periodista, profesor de Letras y magister en Literatura Argentina por la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Autor de siete libros de cuentos y de dos novelas.